

(Traducción en español de la transcripción)

Tivoli, 28 de septiembre de 1984

Chiara habla de Igino Giordani

Señoras y señores:

Distinguidas autoridades de Tívoli, familiares y amigos de Igino Giordani venidos, incluso de lejos, para recordarlo hoy en esta ciudad -a él tan querida-, en la que nació y a la que estuvo siempre vinculado.

Deseo, ante todo, agradecer a la ciudad de Tívoli y, en particular, al Sr. Alcalde, al Asesor Sr. Veroli y a toda la Administración municipal, por haber creado este "Premio" que mantendrá viva la memoria de Igino Giordani, su ilustre conciudadano; y agradecer también por el honor que han querido concederme, como signo de reconocimiento del común ideal que ha unido estrechamente a Igino Giordani al Movimiento de los Focolares.

Dirijo un agradecimiento especial también al Ilustr. Sr. Tommaso Sorgi, por su presencia y por sus palabras.

Como se sabe, y como acabamos de oír, Igino Giordani ha sido una eminente personalidad del mundo católico italiano, una figura poliédrica que, al compromiso político, ha unido siempre una intensa y fecunda actividad cultural, como periodista y escritor, apologista y biógrafo, hagiógrafo y estudioso insigne de los Padres de la Iglesia y de la doctrina social del cristianismo.

Se podrían decir muchas cosas de este gran hombre, bajo cada uno de los diversos aspectos que lo han hecho famoso. Pero permitan que diga sólo algunas palabras sobre él como cristiano, aunque me sienta un poco embarazada ante tal empresa. Igino Giordani ha sido, efectivamente, una figura tan rica y noble, tan excepcionalmente delicada y superior a lo normal que sería necesaria su pluma para poder dar una ligera idea de él.

Alguien ha dicho que si el Evangelio desapareciera de todos los puntos de la tierra, el cristiano tendría que ser de tal modo, que quien viera su vida pudiera volver a escribir el Evangelio.

Pues bien, Giordani ha sido uno de esos cristianos. Cuando dejó esta vida, el día que nos vio a todos reunidos a su alrededor para darle el último saludo -vinieron miles de personas de las 5 partes de mundo- en la Misa se leyó aquella peculiar página del Evangelio que son las bienaventuranzas. Y bien: todos los que lo habían conocido a fondo, estaban de acuerdo en constatar y en afirmar que él las había vivido todas.

De hecho, fue un "puro de corazón" en un modo excepcional. Fue esta pureza la que le hizo definir la existencia terrenal del hombre, -siempre circundada del amor providencial de Dios (tanto en la buena suerte como en la que llaman mala suerte)- una aventura divina.

Esta pureza de corazón le afinó los sentimientos más sagrados y los potenció. Amaba tiernamente a su esposa. Y conmovía e impresionaba la intensidad de su afecto hacia sus cuatro hijos, al igual que para con sus nietos; demostrándose un padre perfecto y un abuelo perfecto.

Ha sido un "pobre de espíritu" por el desapego completo, no sólo de todo lo que poseía, sino, sobre todo, de todo lo que era.

Estaba lleno de misericordia. A su lado incluso el más miserable pecador se sentía perdonado y el más indigente se sentía un rey.

Fue siempre un "constructor de paz", como lo demuestra su historia de hombre político.

Llegó a poseer una mansedumbre tal que se comprende que el Evangelio diga que quien tiene esta virtud posee la tierra; él, con la más noble amabilidad, con su.,modo de tratar, con aquellas palabras

características que tenía para cada uno, conquistaba a todos los que encontraba, porque cualquiera se sentía a gusto y tratado con dignidad. Los jóvenes establecían con él una relación de igual a igual, y no era raro oír afirmar (sobre todo en sus últimos años) que de su persona irradiaba algo sobrenatural.

Experimentó, así mismo, la dicha de la aflicción en el alma y en el cuerpo (bienaventurados los afligidos, dice Jesús) porque estando en él bien arraigado el misterio de la cruz, por una alquimia divina - así lo explica él - sabía transformar el dolor en amor.

Como los verdaderos cristianos, realmente tenía hambre y sed de justicia, por la cual ha luchado toda su vida.

También sufrió "persecuciones" por el nombre de Dios por lo que hoy creemos que esté en posesión de Su Reino.

Sí, el Evangelio se podía leer en él. También el Evangelio que invita a "hacerse niños".

Cristiano de primera línea, docto, apologista, apóstol, cuando creyó haber encontrado un manantial de agua pura, que brotaba de la Iglesia, como nueva prueba de que el Espíritu Santo siempre vive y obra en Ella, supo dejarlo todo para seguir a Jesús que lo llamaba a saciarse de aquella agua.

Vivía también el Evangelio de la humildad. Cuando creía, por ejemplo, que alguien de nuestro Movimiento le concedía algún privilegio -dado su ilustre pasado- imploraba ser tratado como todos los demás.

Pero en Giordani es característico sobre todo -como ya se ha dicho- el Evangelio del amor.

Sediento de amor desde su infancia, pero llamado a vivir en medio del mundo, descubrió un modo de llegar al Eterno: modo quizás más seguro que ningún otro. Se trataba -así lo describía- de tres etapas, casi de los tres vértices de un triángulo: yo, el hermano, Dios. Estaba convencido de que llegaría a Dios amando al hermano, a través del hermano, sirviendo a todos los hermanos que encontraba durante la jornada.

Así lo hizo y llegó muy alto. Porque cuanto más amaba a los hermanos tanto más crecía en él la unión con Dios. Y viceversa: cuanto más unido estaba a Dios, tanto más se afinaba su caridad hacia cada prójimo.

Por eso fue realmente grande también como cristiano: había dado con aquella ley evangélica que, en cierto modo, es el resumen de todas las demás: el amor al prójimo.

Pero si Giordani fue un auténtico cristiano, fue también un cristiano especial. De hecho, Dios lo llamó a ser co-fundador de una nueva Obra de la Iglesia a la que dio una contribución insustituible en los 32 últimos años de su existencia.

El siempre había esperado que se le abriera algún camino que correspondiera al deseo, que le consumía el alma, de consagración total a Dios, a pesar de estar casado. Después de mucho buscar, en 1948 acertó a encontrar el Movimiento de los Focolares que existía hacía apenas cinco años.

Fue él quien abrió de par en par el focolar (centro animador del Movimiento formado hasta entonces sólo por personas vírgenes) a los casados, que tras él, han sentido su misma hambre de santidad y de consagración, llevando a cabo aquel proyecto (antes solamente entrevisto, de una convivencia de vírgenes y casados -por cuanto su estado les permite- a imagen de la Familia de Nazaret.

Fue él quien dio un impulso excepcional al nacimiento de las ramificaciones de esta Obra que son los movimientos de largo alcance, como el Movimiento Familias Nuevas (en el que la pareja convierte a la célula familiar en una pequeña iglesia viva), y el Movimiento Humanidad Nueva (que trabaja por animar, con un espíritu cristiano genuino, el mundo del trabajo, del arte, de la medicina, de la escuela, de la política, etc.).

El personificó uno de los fines más importantes de esta Obra: contribuir a la reunificación de la Iglesia.

Fue sobre todo él quien ayudó al Movimiento a echar fuertes raíces en la Iglesia de modo que, aún en vida, lo vio extender sus ramas en los cinco continentes y establecer su presencia en más de 140 naciones, con todo el bien que se puede imaginar, si se considera su espíritu evangélico -que subraya la fraternidad universal, el respeto y el amor recíproco, la unidad entre todos los hombres-, tan adecuado a estos tiempos, atormentados por tensiones, discriminaciones, divisiones, guerras.

Giordani ha sido uno de los mayores dones que el Cielo ha hecho al Movimiento de los Focolares.

El prodigio gran parte de su existencia a esta nueva realidad de la Iglesia que tiene también otro nombre: Obra de María. De María: porque a todos nos parece que aquí, como en otros tiempos y en otros lugares de la tierra, sea, sobre todo, María, la Virgen, la Madre de la Iglesia y de la humanidad la que obra.

Y nos parece que María, de quien él estaba enamorado, lo haya premiado eligiéndolo, más aún, transfiriéndolo casi a la esfera de los místicos.

San Luis M. Grignón de Monfort, hablando de estas personas que la Virgen ama de un modo particular, dice que el don principal que estas almas adquieren es la realización en la tierra de la vida de María en sus almas, de modo que ya no es el alma la que vive, sino María en ella; o bien, el alma de María llega a ser la suya.

Igino Giordani en su diario del año 1957 después de haber ahondado en el misterio de la desolación de María a los pies de la cruz, escribe una página estupenda, una de las más hermosas e importantes desde el punto de vista espiritual, salidas de su pluma:

“Meditando sobre este misterio -sobre esta realidad de dolor- la noche del primero de octubre, mes consagrado a María, después de las oraciones, de repente el alma se encontró liberada de las cosas y de las criaturas humanas; y en su lugar entró María, con Jesús desangrado, y toda la habitación del alma se llenó de su figura de dolor y de amor. Y con Ella en mí comprendí la frivolidad de mis afectos por las cosas pasajeras. Durante 24 horas, Ella estuvo como altar que sostiene la Víctima: 'Virgo altare Christi'. Mi alma era su habitación: el templo. Pero después de 24 horas, la participación de su angustia y el amor hacia Ella hicieron como una especie de unidad entre Ella y el alma, y -pareció que Ella llegase a ser mi alma: Ella no era ya mi huésped, sino que yo era huésped suyo; así que me sentí impulsado a decir: 'vivo, pero no soy yo, es María quien vive en mí'.

Era como si su presencia hubiese virginizado mi alma: marianizado mi persona. Mi "yo" parecía muerto y en su lugar había nacido María. De manera que ya no tenía necesidad de elevar los ojos a los iconos de las calles y a las imágenes de la Virgen; me bastaba clavar los ojos del alma dentro de mí, para descubrir, en lugar del acostumbrado ídolo sórdido y grotesco, a la más bella: a la Madre del Amor hermoso. Y también este pobre cuerpo achacoso me parecía una especie de catedral, donde María con Jesús muerto llama al Esposo, el Cual convoca la Trinidad.

Si no soy el último bribón, tengo que hacerme santo: debo estar en armonía con esta realidad".

Nosotros pensamos que, entre las muchas metas que él alcanzó en su vida esté, probablemente, también la de la santidad, porque Igino Giordani fue también esto: un auténtico seguidor de Cristo, un hombre de Dios.